



*Luis M. Reyna
Almendros*

SOCIEDAD

Buenos Aires 18-12-9

DE LOS DOCE

MARIETTA AYERZA
ALFREDO GONZALEZ GARANO

ENSAYOS

*Luis M. Reyna Almendros á
su amigo Alfredo González Garano —*



SAN JOSÉ DE FLORES

Salter de Imp. y Encuadernacion del Asilo de Niños Desvelidos

AÑO 1891

P. P.



INVENTARIO N°	016274
PROCEDENCIA	DONACION



PREFACIO

LA Sociedad de los Doce, cuyo nombre se ve figurar al frente de este librito, fué fundada hace cuatro meses, aproximadamente, por doce estudiantes del Colegio Nacional de esta ciudad. De ahí su nombre. Dos fueron los fines que sus fundadores se propusieron: ayudarse mutuamente en el estudio de las lecciones que constituían sus deberes para con el colegio; y, para tener de vez en cuando sesiones algo más amenas que aquellas cuyo único objeto era tratar de asuntos colegiales, presentar y leer en las reuniones estos humildes *Ensayos*, escritos sin pretensión literaria alguna, puesto que no los impulsaba otro fin que el de aprender.

Hoy que la proximidad de los exámenes hace olvidar al estudiante todas sus diversiones y todos sus placeres para reconcentrar por completo su atención sobre los libros en que ha de aprender ó repasar lo que, como prueba solemne, se le preguntará delante del severo é inflexible tribunal examinador, la Sociedad de los Doce se disuelve, pero temporalmente, porque continuará su marcha ordinaria cuando comiencen á funcionar las clases del colegio; y sus miembros, para conservar un recuerdo de ella, y también para poder dar una muestra de la obra llevada á cabo en estos pocos meses que se encuentran reunidos, han resuelto imprimir algunas de sus composiciones y formar de esta manera un cierto número de volúmenes para repartirlos entre ellos. Hé ahí el deseo que les inspiró la idea de la impresion de este folleto.

Es una obra que seguramente no servirá para deleitar al espíritu, pero en compensacion de este defecto tiene algo que

la hará, sinó agradable, por lo menos aceptable, y que le conquistará la indulgencia de todo el que sobre sus páginas pose la vista: el hecho de ser el fruto de plausibles esfuerzos que una agrupación de jóvenes estudiantes hace por perfeccionarse en el manejo del idioma propio.

A un aprendiz del arte no se puede exigir una obra artística perfecta; y así en este caso no se debe exigir que el presente trabajo sea una obra literaria de mérito.

Buenos Aires, Noviembre 7 de 1891.



LA VENIDA DE LA PRIMAVERA

L invierno, esa estación helada que mata la ventura, que mata la dicha, porque abre en la fría tierra el sepulcro de las tiernas flores; esa hora triste porque no canta el pájaro; ese instante sombrío, símbolo del dolor, y, más que todo, símbolo de la realidad de la existencia; huía envuelto entre sus sombras y entre sus tristezas, al sentir la llegada de la primavera, al sentir el arribo triunfante de la ilusión ¡De la ilusión!.... Huía el cierzo que agostó la hermosura; que marchitó la pureza; que hizo caer en la tumba á las flores, que forman la corona que ciñe la frente del poeta en el feliz instante de la inspiración; á las flores que perfuman la tumba de los padres, y el sepulcro del amigo: huía al empuje de la fresca brisa, el primer beso, la primera caricia de la primavera.....

El sol, oculto por las nubes cenicientas del invierno, besó, como la brisa, á la tierra helada y desnuda. Su primer rayo, tranquilo y apacible, despertó á las aves, escondidas há tiempo en su elevado y aéreo hogar..... Hacía tiempo no cantaban: el cierzo helaba sus cantos de alegría: sus trinos sólo eran sollozos, quejas y gemidos..... El vendaval arrastraba sus tristes notas á los sepulcros de las flores; ellos cantaban, sin quererlo, la fúnebre plegaria; ellos modulaban la postrera oracion, el último y sentido adios!....

Mas ¡ay!.... ¡cuántas veces cayeron los alados cantores de sus nidos!... ¡cuántas veces elevaron sus almas á su Creador, dejando su débil cuerpo, yerto sobre las flores secas que á sus piés habían tenido! ¡Cuántos huérfanos dejaron; cuántos nidos vacíos!....

Mas cuando la primavera llegó rosada y sonriente; cuan-

do volvió la dicha y la alegría; sobre la tumba de la flor y del ave, sobre el sepulcro de lo delicado y de lo débil; nuevas flores comenzaron á brotar, nuevos rosados capullos ondearon blandamente, y nuevos pájaros cantaron.

El azahar adornó la frente de la desposada; las violetas el pecho conmovido de las doncellas. El laurel orló la frente profunda del poeta: único sér que comprende á Dios, y única rama que florece en la cumbre anhelada de la Gloria.

Este momento feliz, este instante, símbolo de la dicha, es para el alma, lo que el rocío cristalino de las noches es al cáliz de la flor.

Ya el triste recuerdo de la realidad de nuestra existencia no aparece sombrío en la mente: las nubes, de la tristeza no empañan el límpido cristal de nuestra ilusión: todo sonríe en derredor, todo suspira gratamente. El amor agita sus doradas alas; la poesía nos envuelve entre su ropaje misterioso y leve y nos eleva á la celeste región de lo infinito, de lo ignorado, de lo grande.

Con la primavera brilla la chispa sagrada de la inspiración; calor profundo, soplo bendecido, producto de un suspiro de los ángeles. Arrancamos con ella, poesía al desierto árido y á la desnuda montaña: en lo pequeño hallamos lo grande y en lo grande lo infinito.

Felicidad, dicha; perfumes que trae consigo la primavera: amor, poesía; sentimientos que nos embargan, que nos extasían.....

¡Bendita primavera!... ¿porqué pasas cual sueño? ¿porqué eres ilusión tan solo; porqué eres sólo canto que pronto cesa?.....

Luis M. Reyna Almandos.

Buenos Aires

La tumba del amigo

HOY es el día de difuntos: hoy reina la muerte: hoy miramos frente á frente y de hito en hito la realidad sombría de nuestra existencia: hoy lloramos al pensar en lo pasado y al contemplar los restos del presente. Hoy es el día de los muertos.

¡Cuántas flores han caído de sus tallos! ¡cuántos árboles se han tronchado al impulso del huracán maldito! ¡Cuántas ilusiones perdidas; cuántas sonrisas heladas por ese cierzo infeliz!.....¡Ay!.....Amores y amistades..... también volaron.....también huyeron!.....

Ilusiones y afectos..... todo ha caído al sepulcro; todo se hundió en el abismo insondable de la tumba!.....¡Todo!..... ¿Qué ha quedado de lo que fué bello, de lo que fué grande? ¿Qué resta de lo que existió?.....¿Qué se hizo la ventura; que vive de la dicha?.....¿Dónde están los amores de los corazones y las amistades de las almas? ¿Dónde se hallan las flores que á estos simbolizan?.....todo está en la helada tumba..... todo se hundió, al impulso de esa helada muerte, en el oscuro fondo del sepulcro, depósito fatal del polvo de nuestro mundo!.....Vamos todos á ella; corramos locamente por el mundo y hallamos; ¡a, muy pronto!..... su negra boca..... que nos llama con su voz callada, con su acento profundo y misterioso.....!

Vamos al campo santo. Olvidemos que también en él entraremos algún día.....y para siempre; Vamos á hablar un instante con los muertos que amamos con los seres que llevaron, en pasados días, de ilusiones la mente, de ventura y cariño el corazón.....Escuchemos sus palabras misteriosas ylloremos.

Pero veamos, en tanto.

Al lado del suntuoso mausoleo, encontramos la lápida modesta. En aquel no nacen las flores ni crece el cesped; en ésta, sobre la tierra que depositó el viento arrebatado, ambos han crecido, cesped y flores. Los dos han borrado el nombre.....pero sobre ellos se levanta la Cruz.....

Bajo la sombra de los tétricos cipreses vagan voces misteriosas. Es el viento que agita su follage apretado y obscuro. El viento parece sollozar, y las flores columpiadas á su impulso parecen gemir. A veces alguna, que ha ya marchitado, cae deshojada; y ese viento que sopla murmurante, la arrastra, las deshace, la levanta en sus alas invisibles y agitadas y la aparta veloz á nuestra vista.....Sólo ha quedado el tallo.....Sólo han quedado las espinas.....

He recorrido el triste cementerio..... Me he fijado en cada tumba, porque busco al que fué mi ilusión primera, mi primer afecto.....¿Dónde está?.....¿Hay tantas tumbas!.....¿Hay tantos muertos;.....Tantas realidades é ilusiones perdidas, que al pasar delante de los panteones que las guardan, de las lápidas que las ocultan heladas, me he extraviado..... Y bajo la sombra de los cipreses voy caminando.....caminando..... en busca de mi amigo... en busca de mi primera ilusion perdida... en busca de mi hermosa, de mi noble, de mi grande amistad...que me arrebató la Muerte. Buscando voy al ave que arrulló, en un dia de luz y de ventura, la ilusion de mi mente: voy buscando la flor que perfumó el profundo seno de mi alma.... Mas, nada.... Todo desconocido... todo extraño. Nada aparecia á mi vista que tocara el corazon... y que me hiciese llorar..... Sepulcros, sepulcros, sepulcros... pero no el mio, no el que me pertenecía....

Llevaba una corona en mis manos... una corona de flores de nítida blancura: flores arrancadas del jardín sagrado de mis nuevas y puras amistades.

Y ya desesperaba de hallar esa tumba... y la blanca corona se iba deshojando entre mis manos heladas. Sus pétalos benditos los arrebataba el viento.

Yo me senté en la marmórea grada de un mausoleo y comencé á pensar en lo pasado.

Y pensando así muy tristemente, algunas lágrimas brotaron á mis ojos y rodaron ardiente por mis mejillas.....Mas yo no sollozaba, no; caía mi llanto silencioso como silencioso habia sido el desengaño.

Más, de pronto, me estremecí. Y á mi estremecimiento se secó mi llanto.... ¿Qué veía ahora que no empañaban las lágrimas mis ojos?.... Veía una blanca estela, una senda de nieve que volaba. Se perdía en la distancia, confundida entre las tumbas. Eran las flores de mi corona que, deshojada por el viento silbador, habíanme trazado la senda de la tumba que buscaba. Las flores de la amistad me indicaban su sepulcro..... Y fui á él.... Ya no me confundía.... Dios me lo indicaba.

En ese momento el sol, que habia brillado esplendoroso en la azul extension del firmamento, se ocultó tras una nube sombría. Me rodearon las sombras y me envolvió el silencio.... Aquello era solemne... y aquello me conmovía.....

Y entonces, amparado por las sombras misteriosas de esa noche prematura, lloré sobre la tumba del amigo amado, y besé, más tarde, la lápida helada que lo guarda.....

¿Fue realidad ó fue ilusion? No sé.... Pero creí oír en ese instante solemne, que, primero un susurro misterioso agitó el ambiente, y, mas tarde, mil cantos conmovieron el silencio. Eran los ángeles que, bajando de su celeste reino, venían á cantar la fúnebre plegaria, la oracion postrera, sobre la tumba de mi amigo, sobre el sepulcro de mi primera amistad.

LUIS M. REYNA Almandos.



JUANITO

EN los confines del norte de la provincia de Buenos Aires se alza una pequeña cabaña de techo de paja y paredes de barro. Está rodeada por escasos árboles que proyectan una débil sombra en los alrededores del modesto hogar.

Vive allí una reducida familia compuesta de padre, madre, y un tierno niño. Reina en ella un tranquilo bienestar que hacen felices á los que en ella habitan.

El padre es labrador y gana honradamente, con asiduo trabajo el sustento necesario para la corta familia. Todas las mañanas al despuntar el día deja su humilde cabaña y su querida familia para ir á cultivar los campos y solo regresa al caer la tarde. Con efusiones de tierno afecto es recibido por los suyos y, contentos y felices, se sientan alrededor de la pobre mesa á tomar el alimento necesario para restaurar sus fuerzas.

La madre es lavandera y contribuye con el producto de su trabajo al sostenimiento del hogar

Juanito, el hijo único de este matrimonio, llega á la edad de diez años y no se conforma con no contribuir á los gastos de la humilde existencia. El padre y la madre trabajan rudamente ¿porqué él no ha de hacer algo para aumentar el bienestar común?

Lleno de nobles ambiciones propone á sus padres abandonar el hogar en busca de fortuna.

Su tío le había regalado un pequeño organito y el concibió el proyecto de recoger algunos reales tocando la música en los centros de población.

Fué tal su empeño y tan noble su deseo, que los padres no pudieron resistirse á su proyecto.

Forzoso fué convenir en la partida.

Liegó, por fin, el triste día de la separación.

El padre le abraza y se despide fingiendo fortaleza: la madre deshecha en llanto le da el último adiós, y Juanito emprende tranquilo y resuelto su camino en dirección hacia pagos desconocidos.

A cada momento vuelve la cabeza y ve con tristeza al grupo que forman el padre y la madre, aquel mostrando tranquilidad y ésta desesperación y amargura. Con su pañuelo empapado en llanto se despide hasta que se pierde de vista.

Juanito llega á San Nicolás de los Arroyos y en la plaza del pueblo toca su música, é interesando á las buenas gentes con su aspecto humilde y resuelto á la vez, consigue juntar buen número de centavos.

Así siguió caminando y atesorando dinero: en San Pedro, en el Baradero, en Zárate, en San Isidro y Belgrano su bolsa se llena hasta que por fin llega á Buenos Aires después de muchas fatigas; pero con gran satisfacción, porque cada vez que completaba un peso pensaba en las comodidades y bienestar que podía proporcionar á sus padres.

La suerte le fué propicia como lo es siempre á los buenos hijos, y después de juntar buenos pesos resuelve volver al seno de la familia.

Su regreso fué más feliz que su partida porque veía realizados sus propósitos, de ayudar á sus padres. No recorrió á pié el largo camino: sus recursos le permitieron el lujo de tomar un asiento de segunda clase en un vagón del ferrocarril.

Dos años duró su ausencia, pero tuvo la suerte de encontrar vivos y sanos á sus padres. Al caer la tarde, después de un día de viaje llegó á las proximidades de la cabaña. Nada se había cambiado, la choza estaba de pié rodeada de los pequeños árboles y sus padres se disponían para la cena.

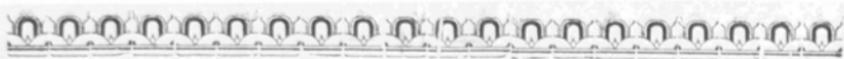
En tales momentos llegó Juanito devolviendo la alegría y el contento á aquel hogar entristecido por su ausencia.

Su madre virtió abundantes lágrimas pero no ya de tristeza como en la hora de la partida sinó de alegría y satisfacción al volver á ver á su hijo después de tan prolongada separación.

El tesoro de Juanito sirvió para aumentar la felicidad del hogar y con su trabajo fué aumentando hasta formar una pequeña fortuna con la que aseguró el bienestar de sus padres.

Delfin Gallo. .

Octubre 16 de 1891


 **En paseo memorable**

ERA uno de los últimos días del mes de Octubre, uno de esos días de primavera, tranquilos, serenos, lleno de luz y de poesía que invitan á uno al paseo y le hacen olvidar el cumplimiento de sus deberes, por más importantes que estos sean. Parados en la puerta del Colegio Nacional, un grupo de alumnos conversábamos alegremente de todo, principalmente de los exámenes que se acercaban, del estado de nuestros estudios, y de las esperanzas y de los temores que aumentaban á medida que el día de la solemne prueba se acercaba.

El tiempo estaba espléndido: en el cielo, limpio y puro, no se veía flotar más leve nubecilla, excepto allá en el horizonte lejano, en que vagaban por el espacio algunas de color blanco como la nieve; no soplaban sino una brisa fresca que purificaba la atmósfera, y, para que todo concurriera á hermostear ese día, los rayos del sol, de ordinario tan abrasadores en esta estación, eran tibios y vivificadores. A la verdad que ese tiempo magnífico invitaba á un paseo por el campo ó por el río, y no pocos alumnos habían sido los que, aprovechándolo, habían sustituido por la rabona las horas de estudio ó de atención al profesor que deberían de pasar en las aulas del colegio. Enrique, mi compañero de estudio desde la infancia, y yo, pensábamos de igual manera que los aficionados al paseo, y aunque primeramente no queríamos dejar de asistir á clase porque una falta en esos días nos era doblemente perjudicial á causa de la proximidad de los exámenes, concluimos por ceder á los encantos del tiempo, y determinamos hacer entónces nuestro paseo favorito en los días de fiesta ó de rabona: ir á pasear por el río, para cazar patos de los que en

abundancia se encuentran en las orillas cerca de la ciudad, ó simplemente para aprovechar el útil ejercicio de remar. «Un día más ó ménos de estudio no será de grande importancia para nosotros, pensamos; mañana trabajaremos un poco más que de costumbre y la pérdida de hoy estará compensada. Lo que no debemos dejar de aprovechar es este día espléndido: aprovechémoslo bien, que pocos tan propicios cómo él se nos presentan.» Y diciendo y haciendo subimos en el tramvía, rebosando la alegría por todos los poros, determinamos la dirección que habíamos de tomar cuando estuviésemos en el río, y haciendo otros mil proyectos relativos al asunto que nos preocupaba, llegamos á la Boca, sitio del cual debíamos partir, atravesamos el Riachuelo, caminamos algunas cuadras por entre las quintas que en ese paraje se encuentran, y por fin llegamos á la isla Maciel, donde un quintero, antiguo conocido, nos cedió una canoa diminuta que poseta para andar de cuando en cuando, por los arroyos que circundan la isla. «Tomen mucho cuidado», nos dijo antes de salir, «porque las dimensiones de la embarcación no les permitirán alejarse de la orilla sin correr gran peligro de naufragar. No salgan lejos de la playa.» Pero ese consejo nos pareció inútil, porque muchas veces habíamos andado en la misma canoa sin vernos en peligro: cerramos los oídos, á sus palabras preparamos los remos y partimos rápidamente, ocultándonos á poco andar á la vista del viejo quintero en el tortuoso curso del arroyo, bordado en sus márgenes de sauces llorones.

Qué dicha, decía Enrique, disfrutar de un paseo en bote por estos sitios deliciosos! Á la verdad que es mil veces preferible á escuchar al profesor encerrado entre las paredes del colegio. Si todos conocieran los placeres indecibles de este paseo seguramente no irían á pasar horas de fastidioso ocio á la Biblioteca Nacional, á la Recoleta, á Palermo, ó simplemente á las calles de la ciudad, dándose á vagar sin rumbo acá y allá como unos atolondrados;

La canoa resbalaba ligera sobre las tranquilas aguas del arroyo, y pronto salió de él para entrar en el Riachuelo.

Cuando estuvimos en este sitio se presentó á nuestra vista el anchuroso rio, y á él nos dirigimos remando con sin igual entusiasmo y alegría. ¡Qué hermoso aspecto el que entonces presentaba! Encrespada apenas por un ténue soplo de viento su superficie tranquila, en la cual se refractaban los rayos solares, semejava un mar de reluciente plata, ó un inmenso espejo movible que allá en el horizonte se juntaba con la azulada bóveda del cielo. Los boteros iban y venían incesantemente llevando frutas, mercaderías, ó á personas que, como nosotros, iban á disfrutar las delicias de aquel día; algunas veces chocábamos intencionalmente con ellos y entonces á sus protestas contestábamos con bromas ó con amenazas, mejor dicho bravatas, que más de un susto nos costaron; los vaporcitosa travesaban hácia adentro y hácia afuera el Riachuelo y todos los diques del puerto, levantando, al pasar, olas de considerable altura que léjos de atemorizarnos, nos llenaban de alegría porque balanceaban con furor nuestra canoa, y entonces nos gustaba echarla de valientes cuando alguien nos miraba desde la orilla; algunos buques de ultramar entraban con la cubierta llena de pasajeros deseosos de ver bien el nuevo puerto á que arribaban; y en todas partes, así en el agua como en las calles de la Boca, todo era animación, movimiento y vida. La actividad parecía haber llegado á su mas alto grado, influenciada por la belleza del tiempo. >

Entramos pronto en el rio, y, cuando estuvimos en él, comenzamos á navegar por la orilla y á descender en los sitios que más agradables nos parecían; especialmente en los bosques de aspecto verdaderamente selvático que encontrábamos y en los cuales descansábamos de las fatigas del paseo, cazábamos con honda, ó buscábamos nidos de pájaros, que en esta época del año son tan abundantes.

Así anduvimos largo rato, y, tanto mi compañero como yo, nos sentíamos cada vez más satisfechos del paseo que habíamos realizado. Por fin, consideramos que la hora del regreso había llegado, y nos pusimos nuevamente en marcha hácia la isla; pero llegamos demasiado temprano al canal

que dá entrada al puerto, y como no habíamos ido un poco lejos de la orilla para tener el gusto de ver bailar la canoa y de ver también los buques que se hallaban anclados á regular distancia de nosotros, resolvimos hacer este paseo, haciéndonos remolcar por la primera embarcación que pasara, porque estábamos un poco fatigados y no queríamos gastar las fuerzas cuando podíamos evitarlo. «Llegaremos tarde á casa,» pensamos; «pero podemos dar la disculpa de que quedamos en penitencia con todos nuestros compañeros: á causa de un desorden que hubo; no dejemos de ir á ver de más cerca aquellos buques.»

Serían ya las cuatro de la tarde y el tiempo había cambiado por completo. No soplabá el viento, y el cielo estaba oscurecido por grandes aglomeraciones de esos nubarrones negros que preceden á las grandes borrascas; el calor se había hecho insoportable, el sol desaparecía por momentos detrás de las nubes, y una quietud solemne, lúgubre, un silencio de sepulcro reinaba en las regiones de la atmósfera: todo revelaba la proximidad de una gran tormenta. Pero nosotros no hacíamos caso de esos indicios seguros de borrasca, y creíamos que yendo y volviendo pronto nos libraríamos de todo trance peligroso: queríamos aprovechar bien la ocasión que ese día se nos presentaba, y la tormenta no nos parecía muy próxima.

Conseguimos asirnos fuertemente á un bote llevado á remolque por un vaporcito, y navegamos así largo rato; pero la imprudencia quiso que saliéramos hasta una distancia peligrosa de la orilla á pesar de que el cielo se encapotaba progresivamente, de que una verdadera noche formaba por las sombras de las nubes cargadas de agua había reemplazado á la claridad de la mañana, y de que repetidas veces alguien que pasaba nos había aconsejado volver á la orilla sin pérdida de tiempo. Pero después de algunos momentos pudimos apreciar la magnitud del peligro en que nos hallábamos, reconocimos nuestra imprudencia, y, aunque rendidos por el paseo de todo el día, emprendimos apresurada-

mente la retirada empleando todos los esfuerzos que éramos capaces de hacer; pero era ya tarde.

Un viento furioso, desenfrenado, recorrió como una exhalación todo el espacio y conmovió profundamente la superficie del agua: mil truenos resonaron, y relámpagos vivísimos cruzaron el aire al mismo tiempo como látigos de fuego, las aguas se agitaron, se crizaron de olas colosales, y sacudieron con fuerza irresistible la frágil canoa: doquier que fijáramos nuestra vista no veíamos sino ondas enormes que parecían perseguirse unas á otras enfurecidas; la fuerza de nuestros brazos era impotente para dirigir la embarcación hácia un lugar seguro, y estábamos fatigados hasta el extremo; ya no podíamos remar. Mi compañero, sin fuerza ya, más por el miedo que por el cansacio, intentaba inútilmente reemplazar el timón con su remo, y yo, que ya no creía en nuestra salvación, consumía en infructuosos esfuerzos el poco vigor que me quedaba para manejar los remos. Esa era nuestra situación, en medio de olas enormes que parecían querer sepultarnos en sus abismos; y, para colmo de desesperación y de temor, quiso nuestra mala estrella que nadie pasara cerca de nosotros en tan críticos momentos.

Los truenos y los relámpagos se alternaban y sucedían con una rapidez extraordinaria. El cielo presentaba el aspecto de un cataclismo espantoso: era aquello una horrible mezcla de negras y enormes nubes, de relámpagos que deslumbraban la vista, de truenos que nos hacían estremecer al sentir el ruido ensordecedor que producían.

Comenzó á llover copiosamente.

¿Qué hacer? ¿Entregarnos á la merced de las olas?—No, porque el viento nos impelía hácia afuera.—¿Pedir auxilio?—Inútil. Ya lo habíamos invocado muchas veces, y á gritos desaforados que el ruido del viento y de los truenos ahogaba, pero nadie había contestado, nadie había oído. Estábamos solos, absolutamente solos, completamente aislados de cualquier sitio de seguridad.

Qué momentos terribles aquellos; Enrique, munido de un

sombrero, arrojaba fuera de la canoa el agua que en ella echaban la lluvia y las olas, y mientras tanto yo remaba, pero sin resultado, porque nada adelantábamos.

Largos momentos, en que sufrimos lo que en todo el transcurso de nuestra vida no habíamos sufrido, pasamos en este estado: momentos terribles de angustia, de desesperación, de terror sin igual que aún hoy me estremecen al recordarlos. Pero la suerte, que tan contraria se nos había mostrado, nos ayudó por fin. Un vaporcito que pasaba en dirección al puerto cerca de nosotros oyó nuestros gritos de auxilio, se nos aproximó, nos recogió y nos llevó á tierra. La canoa quedó abandonada, en poder de las olas. Cuando estuvimos salvos juramos no alejarnos otra vez de la orilla en una embarcación pequeña. Y á ese juramento lo hemos cumplido al pié de la letra. No hemos vuelto á salir en bote.

Ah! . . . qué susto el que aquella vez llevamos; Jamás he llevado uno tan grande, si no olvido alguno, aunque esto es difícil, porque los grandes sustos no se borran jamás de la memoria. Pero, apesar de todo, él nos fué útil; nos mostró las graves consecuencias que puede revestir una imprudencia, y nos sirvió para siempre de escarmiento.

Ese paseo tan lleno de peripecias nos proporcionó enseñanzas útiles.

Antonio Frers (hijo.)

Agosto 27 de 1891.



Las ruinas de los Guaranies

(En las Misiones Argentinas)



ALLÁ, á lo léjos, entre montes y colinas, que con sus cumbres parecen querer ocultar lo que en sus valles pasa, se encuentra, entre las ruinas de una ciudad, que en otros tiempos tuvo su período de esplendor y civilización, y que actualmente yace olvidada de todos, una pequeña aldea que la fuerza de los años ha conseguido levantar.

Esta se encuentra á unos dos kilómetros de la grilla de un grán río y rodeada por pequeños arroyos. Las casas, ó mejor dicho, los ranchos que la componen, son en su mayor parte, de techo de paja, y sus paredes construidas de barro con algunas tacuaras. Estas constan de tres ó cuatro habitaciones y á pocas varas de ella se encuentra un pequeño círculo formado de palos que sirve de corral, en el cual sus habitantes guardan sus bienes, que se componen de una tropa más ó menos grande de vacas; de cinco á diez caballos y otros animales domésticos.

Los alrededores están ocupados por selvas, pantanos y los restos de un grueso muro de piedra de metro y medio de ancho, que en épocas pasadas parece haber servido para proteger la ciudad y que hoy no sirve ó no está sirviendo para otra cosa sino para prestar abrigo á las fieras.

Me hallaba sentado á cierta distancia fuera de la aldea, en medio de un valle, sobre el verde césped. Contemplaba no muy lejos del lugar donde me encontraba, en medio de una selva al parecer impenetrable, las grandes

paredes que frente de mí se alzaban y que parecían sobrevivir á un par de siglos.

Esta pared formaba en su parte superior una especie de pirámide, y sobre su cumbre alzábase una vieja cruz de hierro, lo que me indicaba haber pertenecido á una iglesia.

Absorto en su contemplación y buscando en mi memoria la explicación de aquellos restos que delante de mí tenía pasé tan largo rato hasta el punto de llamar la atención de un pobre aldeano que por su aspecto parecía pasar de los cincuenta años y que me miraba con atención al mismo tiempo que con asombro.

Mas, al ver que no hacía movimiento alguno acercóse á mí con paso tembloroso por los años y por el temor, sin duda, de encontrarme enfermo ó muerto y posando su mano sobre mi hombro me habló en éstos terminos: ¿Qué haces en estos lugares tan solitarios, unicamente poblados por las fieras? No contesté y él prosiguió, sentandose á mi lado, y tocandome la frente: ¿Estais enfermo? Al contacto de aquella mano fría desperté de pronto y al ver al anciano á mi lado olvidé por un momento las ruinas, objeto de mi preocupacion, y dirijí una mirada de sorpresa á mi compañero sin atinar á contestar á sus preguntas. El, al verme en aquel estado explicóme en pocas palabras el motivo por el cual se encontraba junto á mí, y levantandose continuó: Ahora que veo que no os pasa nada me retiro. Entonces pedile con instancia que me disculpase, pero deseaba me dijera si sabia algo sobre las ruinas de esos lugares y, especialmente, del monasterio oculto entre la selva que delante de mí tenía. El volviendo á sentarse me contestó:

Si tal es vuestro empeño, aunque temo fatigar vuestra imaginación, os diré lo poco que mi abuelo contó á mi padre y él á mí; por cual no temo caer en error al relataros.

Hice un ligero movimiento para tomar una posición

más cómoda y el empezó con estas palabras la historia de aquellos lugares.

«Estos escombros que en medio de las selvas se os presentan constituyeron el monasterio donde muchos años há, habitaban los jesuitas los cuales fundaron en éstas comarcas, sin otro elemento que indios guaraníes, grandes ciudades, siendo capital de la nación formada, la ciudad que en ruinas se os presenta á pocas cuadras. Este monasterio era por decirlo así el fuerte donde sus habitantes acumulaban las inmensas riquezas que obtenían, gracias á sus constantes trabajos. En toda ésta rejion no había un solo extranjero, y para alejar más aún á éste pueblo de los otros, hablaban su propio idioma y si eran objeto de alguna invasion se encerraban entre sus muros y obedecian ciegamente á los jesuitas. Todas estas ciudades alcanzaron un esplendor tan grande que sus riquezas no pudieron ocultarse ya dentro de sus muros y los ojos ambiciosos de los extrangeros llegaron á descubrirla y precipitándose sobre ella la asolaron de tal modo que quedó convertida en lo que ahora contemplais. Los jesuitas fueron arrancados de los brazos de sus hijos siendo éstos muertos sin piedad y huyendo los que podían, abandonando sus antiguos hogares, donde años tan felices habían pasado y hoy los descendientes de los habitantes de estas comarcas han vuelto á su estado de barbarie primitiva ignorando acaso la grandeza y esplendor con que sus antepasados vivieron.»

Al llegar á este punto el anciano tomándose del brazo me condujo a la cumbre de la más próxima colina y extendiendo el brazo en direccion al rio me señaló un grupo de islas que se levantaban en su centro diciéndome: «Véd: esas son ahora sus nuevas moradas.»

Quedè pensativo al oir esto: La voz del viejo aldeano se apagó; su relato exacto me dejó absorto tristemente. Pensé en la pasada grandeza, en la luciente prosperidad alcanzada, implantada por la mano civilizadora

de la Religion, y, al contemplar el vetusto y ruinoso edificio, exclamé.—¡Oh! mano destructora de la envidia! ¡oh, azote funesto de las pasiones! oh! poder del tiempo! —Mi voz se perdió en lo profundo y sombrío del bosque. Sorprendíme de mi exclamacion y me puse de pié nerviosamente; creí encontrar al viejo campesino junto á mí; pero me hallé solo frente á frente con el pasado; frente á frente con la imágen transformadora del tiempo. Retrocedí: abandoné la selva intrincada y comencé á habitar nuevamente en el lúcido medio del presente.

Justo P. Gallino.



Lenguage de la Creacion

(Fantasia)



¿QUÉ nos dicen las estrellas, con su luz, cuando las contemplamos?

¿Qué nos dice la brisa que pasa jugando entre las hojas de los árboles? ¿Qué dice en su murmullo cadencioso ese ambiente dulce y acariciador que pasa robando sus perfumes á las flores..... Y las olas murmuradoras de la mar en calma ¿qué nos revelan? ¿Qué palabras misteriosas pronuncia en nuestro espíritu el rayo de la lejana y solitaria Reina del Infinito? ¿Porqué se extasia el poeta cuando contempla todo esto?..... Porque su alma delicada comprende el lenguaje misterioso de la Creación. Las estrellas lejanas, casi perdidas en la region de lo infinito, de lo inconmensurable, le dicen:—«Somos la esperanza del viajero. Iluminamos su ruta incierta y le decimos que el fin está próximo»..... Pero el poeta quiere saber mas. Y pregunta entónces:—«¿Qué hay *más allá* de vosotras, estrellas rutilantes, símbolos santos de la esperanza?..... Pero la estrella no contesta: se engolfa en las tinieblas del espacio; quita su luz hermosa..... Pero el alma conmovida del poeta exclama:—«Ese *más allá* es Dios.»

Siente entónces que una brisa le acaricia la frente. La siente penetrar hasta el fondo profundo de su sér, allí donde siente la luz del Creador. Aspira con delicia aquel aliento tan misterioso como el lenguaje de las estrellas. Trata emanaciones de flores primaverales, emana-

ciones que le conmueven dulcemente con su esencia. Se habían cerrado sus labios: había interrogado á las estrellas, á los faros de la Esperanza, y había descubierto que *más allá* de ellas estaba Dios. Por eso había enmudecido, por eso había callado. Era muy grande lo que sabía, era demasiado grande, para dejar escapar, con nuevas palabras, la esencia misteriosa de esa verdad. Pero cuando sintió que la brisa le acariciaba; cuando sintió el vago y misterioso soplo que venía de región ignota y misteriosa; cuando sintió ese beso sobre la frente pensadora, entónces, dejando escapar la idea de Dios, sin pesar, preguntó á la brisa, como antes había preguntado á las estrellas:— «¿De donde vienes, brisa suave? ¿Porqué besas mi frente? ¿En qué jardín has estado y quién te manda?»..... Y el poeta creyó oír, en su susurro leve, pronunciar esta palabra: «Dios».

Estaba sentado en una roca desnuda de una playa, contemplando extático la inmensidad del mar, y pensando en su grandeza. A sus piés, las olas de aquel mar sereno y azul, murmuraban sordamente al chocar contra las rocas de la playa. A cada golpe arrancaban un grano de arena de la dura piedra,

El poeta oía aquel murmullo eterno y cadencioso y engolfaba su vista en la inmensidad del horizonte. Nada descubría en él... desierto y sin fin.

Entonces se dijo:— «El Creador del mar que contemplo, está allá, en el confín infinito del horizonte, como tras de las brillantes estrellas cuya luz refleja sus olas... ¡Qué inmenso es Dios, entonces, porque cuán inmenso es el Océano! ...? ¿Qué somos nosotros ante el?... Somos como el grano de arena que sus olas arrancan á la playa. Nada.

El cielo estaba puro, diáfano, transparente en el cenit. Pero allí, en el lejano y desierto horizonte, en la ignota región solo penetrada por la mente del poeta, se dibujaba una nubecilla sombría, imperceptible casi. Como

presagio fatal se diseñaba, presagio de las sombras de la borrasca. Poco á poco la nubecilla fuése levantando en el firmamento, como pájaro inmenso que quiere arrebatar ambicioso las galas mas bellas de la Creación tranquila. El poeta lo contemplaba tembloroso y extático al mismo tiempo. El mar murmuraba sordamente á sus piés, y sus olas, coronándose de blanca espuma, azotaron su rostro pensativo. De pronto se oyó un rumor sordo, extraño.....después un rugido.....mas tarde un trueno.....La mar se levantó en paroxismo espantoso y unió su bramido colosal al retumbante trueno del espacio.

El poeta contempló un instante aquella grandeza, aquella vorágine, aquel paroxismo, y exclamó, extendiendo su brazo hácia el horizonte sin luz.

—¡Oh, Dios, cuán grande y poderoso eres!.....; ¡Feliz aquel que al contemplar tus obras las comprendel!..
.....

LUIS M. REYNA.
Almandos

Buenos Aires—26-8-91.



En el silencio de la selva

FNCAMINEMOS nuestros pasos hacia la selva umbría que oculta nuestro pueblo. Vamos á ella á pensar, á meditar; á volver á nuestra mente los recuerdos risueños y los tristes recuerdos de nuestra existencia. Nada más propio para esto que la sombra de la selva. Allí nadie interrumpe nuestro pensamiento: la voz del hombre no turba su silencio misterioso; solo el canto del pájaro se oye, sólo el murmullo del viento, que agita el follage, se percibe. Pero la voz de la Naturaleza, en su misterio, no perturba la sagrada quietud de nuestra alma. Las imágenes que creamos nosotros al recordar lo pasado, brotan luminosas á nuestra memoria, ya como una sonrisa, ya como un llanto. Ora una flor aparece; símbolo es de dicha y de ventura: Ora una espina punzadora; símbolo del dolor, símbolo de la desgracia.....

¿Cuál es el cuadro que aparece en nuestra mente, que sueña en lo pasado, en lo fenecido? ¿Cual es la escena que primero se nos presenta? ¿Cuál es la luz que brilla, símbolo de nuestra primera existencia? . . . Es el recuerdo de nuestra niñez. . . . Aparece como un beso, como un rosado sueño, como una celeste ilusión. . . . Las caricias de nuestra madre; sus miradas profundas de cariño; su beso apasionado. . . . Todo, todo como una ilusión rosada, cual perfume tranquilo. No existen en esa vida de inocencia, ni las espinas ni las sombras, ni la tristeza ni el pesar. No se conoce el mundo con sus realidades. Habitamos entonces la región plácida y tranquila de la inocencia, de la ingenuidad. Lloramos y reimos, pero nuestras lágrimas y nuestras risas pasan,

aquellas como nubes sin vida, y éstas, como estrellas fugaces que, iluminando el espacio diáfano, mueren pronto, dejando, apenas, la estela de su paso luciente.

Aspiramos también el calor del seno santo de nuestra madre; recibimos sus besos y bebemos sus miradas de cariño.....

Ese cuadro desaparece y exclamamos entonces con un suspiro.

—¡Ilusion!... ¡Flor que se marchita, estrella que muere!... ¡Infancia!... ¿Porqué has pasado, porqué has huido? ¿Porqué arrancas tu inocencia á nuestra calma?...

Vino la Juventud.... Apareció á mis ojos deslumbradora, llena de hermosura, de encanto, de luz. A su vista sonrei: mi sonrisa era de placer. Mi corazón comenzó á latir fuertemente; mi sangre envejecida corrió con más vigor por mis venas. Esta edad, la más bella de todas, se me presentó bajo la forma de un mancebo hermoso, lleno de virilidad. En sus ojos resplandecía una llama; el fuego de las nacientes pasiones de su alma. Risueño mirar: también la juventud sonrie siempre.... pero también llora.

Aquel mancebo llavaba una flor sobre su pecho latente. El jóven parecía guardar, como reliquia preciosa la blanca y bella flor. Al verla tan pura, tan imaculada, exclamé con acento tembloroso, con la voz más profunda del sentimiento:

—¡Oh, flor bendita, símbolo santo de la amistad!... ¡Oh, flor que perfumaste mi alma en lo pasado, que me hizo pensar en Dios!... ¿Porqué vuelvo á contemplar tu espléndida corola, si ya no eres mía, si te mató el huracán maldito de la discordia?

¡Pero me detuve.... Mi vista ardorosa, postrero y débil

rayo de mi juventud pasada, había creído descubrir dos lágrimas en las negras pupilas de la juventud. Me acerqué al joven, símbolo de aquella edad florida, de aquella edad de las ilusiones, de aquella edad de las verdades y de la pureza.

—¿Lloras, juventud luciente? pregunté.

El joven se había sentado en el tronco de un árbol caído y había ocultado su cabeza hermosa entre sus manos. Sus lágrimas corrían por su rostro sin arrugas y caían, una á una, sobre el cáliz de la Flor de la amistad. Ésta se había desprendido de su pecho y yacía en tierra.... Levanté conmovido aquella flor querida y la llevé á mis labios. Pero la voz del joven me estremeció: —¡Dejadla!.... ¿No veis que es una tumba lo que adorna?... ¿No veis ese sepulcro, buen anciano?.... Perdi á mi amigo..... El llevaba, cual yo, esa flor sobre su pecho. . El murió, pero la flor no ha marchitado.... Miradla .. La mía, la que habeis besado, está junto á ella.... El cuerpo muere... pero la amistad, como el alma, jamás perece!....

Yo miraba el cielo mientras la juventud llorosa me hablaba. Cuando cesaron sus palabras bajé mi vista. Mas, el joven había desaparecido... Un anciano venerable me contemplaba.

—¿Quién eres tu? le dije tembloroso.

—¡Soy la Ancianidad!

Las dos flores estaban sobre la tumba de la juventud, de la amistad. Recogí una de ellas, pero ¡ay!.... La blanca corola de la flor preciosa se marchitó de pronto... y los pétalos cayeron, como lluvia suave, sobre la losa helada de la tumba. Quedó entre mis dedos el desnudo tronco de la anhelada flor.

X. mas tarde, cuando el sol declinaba, cuando la selva

se tornó más sombría, vi, que una ráfaga helada y veloz, arrebatava los marchitos residuos de la Flor de la Amistad.

Yo.... quedé pensando en la existencia.....

LUIS M. REYNA Almandos

Buenos Aires 29-8-91.

Drama de aldea

I.

 una tarde tranquila, llena de bonanza, de paz, de majestad. La tierra suspiraba por que las flores suspiraban, y cantaba también, porque elevaban las aves, desde sus nidos ocultos y aéreos, dulces canciones, cantares melodiosos. Suspiraba porque su compañero el sol se despedía ya de ella; suspiraba porque iba a ocultarse al universo en las profundas sombras de la noche: iba a vestir el negro manto; iba á dormir. Rojo, colosal, se hundía el sol en las profundidades del infinito. Sus últimos reflejos estaban teñido de sangre; y ésta sangre bañaba la campiña, el bosque sombrío y misterioso y la montaña enhiesta y gigante. Por fin, cuando la campana de la aldea del valle vecino á la sierra, tocó á oración, el sol se hundía tras las negras nubes que cubrían el horizonte. . . . Las flores inclinaron sus corolas delicadas y comenzaron á soñar con sus amores inocentes, y las aves, imitando á esas flores, se ocultaron en sus nidos y se durmieron también. Los reptiles rastroeros se perdieron, silbando, en sus cuevas profundas. I las ovejas corrieron al redil y, en alegres y profundos relinchos, el caballo fué á su establo. Todo quedó en silencio, todo en calma. La noche había llegado; las tinieblas y la paz con ella. La Creación dormía amparada por la mirada omnipotente de Dios.

Pero, ¿dormía en ese instante el hombre? ¿Habría, como sus vasallos, dado el adiós al día con su luz y con su hermosura? . . . ¡Quién sabe!

Vamos á la aldea que reposa á la falda de la montaña escarpada, envuelta, también, por las tinieblas.

Los pastores que la habitan, despidieron, con sus cantos alegres, al luciente día. Fueron alegres sus voces, fué placentero aquel adiós, porque en el día pasado el sudor del trabajo había mojado sus frentes. Sus almas sencillas se encontraban tranquilas y satisfechas, y sus mentes pensaban con ventura. Habían trabajado, habían obrado bien. Cuando el sol se ocultó penetraron en sus hogares; moradas sencillas que cobijaban la honradez. La esposa esperaba al marido; la hermana al hermano; la novia al prometido. En cada corazón un latido de dicha; en cada mirada un fulgor de ventura, de cariño, de amor. La esposa abrazaba al compañero de su existencia; el hermano ponía sus labios sobre la frente de su buena hermana, y los enamorados, que ocultaban su afecto tierno á las indiscretas miradas de los extraños, solo se dirigían sus miradas y sonrisas de amor. A veces, una flor silvestre, arrancada por el mancebo al volver á su hogar, de la orilla del camino florido, pasaba al anhelante pecho de las doncellas enamoradas: gotas de rocío que caían en el cáliz de aquellas flores ocultas en el valle. Todo era dicha, todo ventura y paz. La aldea, como el campo, como el bosque, estaba protegido por la santa mirada de Jehová.

Pero si penetramos bien en su recinto, después de la hora del reposo, después que la campana de la modesta iglesia ha tocado la oración; veremos que una casa pequeña, algo aislada, revela, por la débil luz que deja ver desde su interior, que sus moradores no duermen, que sus habitantes no reposan de las fatigas del día. Extraño es que en la aldea no se duerma completamente á aquella hora. La luz que nos revela esto, sale de una ventana pequeña que se abre en la parte alta del edificio. Un pequeño balcón sobresale de ella y una enredadera

sin hojas y sin flores cuelga de él. En el silencio profundo de la noche, silencio parecido al de la tumba, creímos oír algo como un llanto y, también, palabras entrecortadas de amargura y de pesar profundo. Parece una mujer la que gime, una muger la que solloza. ¡Oh! aquello es muy triste, muy triste.

¿Porqué gemirá la niña, porqué llorará así?

Nuestro pensamiento nos lleva por dó quiera. ¿Porqué, pues, no subir sobre el balcón y contemplar con cautela, tras los sucios vidrios de la ventana, á la mujer triste?..

.....¡Oh, sí.....

Estamos en el balcón de la pequeña casa. ¿Cómo subimos? En alas del pensamiento llevado por la voluntad. Mi mente se ha nublado, mi corazón palpita como en los días en que las dulces miradas de la amada mía penetraban profundas en el alma: Todo lo he olvidado, todo.....hasta mi existencia. No existe ya para mí la tierra con su noche, con su calma, con su silencio ni con su faz sombría. Todo ha desaparecido, para dejar paso en mi espíritu a encontrado sentimientos, batalladores ardientes del cerebro. La pena, con su sombra; la alegría, con su celeste claridad, el amor con su dulce y resplandeciente aureola y la indignación con su punzante espina. He visto y oído: las sombras de la luz han pasado por mis ojos como fantasmas que abrumen la mente en su presencia.

Era un cuarto sencillo y espacioso el que se presentó á mi vista. Una cama baja de madera estaba en un ángulo de la habitación. A su cabecera, colgada de un clavo, se veía la estampa de Cristo en su martirio y á un costado, una silla de tosca y gruesa madera. Un lavatorio modesto y un pequeño espejo, colocado sobre él, constituían todo el mueblaje de aquella pobre habitación. Una joven se hallaba sentada en la tosca silla. Un hombre, joven todavía, estaba de pié cerca de ella. La rudeza de su fisonomía y de sus maneras, y la aspereza de su voz, con-

trastaban con la hermosura de la doncella, con la pureza de su acento y con sus dignas actitudes. En su rostro se notaba la virtud angélica de las vírgenes y en su frente, blanca como la frente de las azucenas, se descubría su candor. Las mejillas pálidas estaban mojódas, porque de sus ojos, azules como los ojos de los ángeles, brotaba purísima fuente de cristalinas lágrimas: de su pecho casto y virgíneo se escapaban angustiosos sollozos, y su boca preciosa, hecha al parecer solamente para besar la corola de las flores, pronunciaba entrecortadas quejas, quejas amargas nacidas de lo más profundo de su corazón.

A veces, como si invocara á su Dios con sus miradas, como si pidiese proteccion á los ángeles con su llanto levantaba sus ojos hermosos hácia el cielo. Su actitud me conmovía, porque era la actitud de la que gime bajo el yugo de la maldad y de la fuerza. Y la figura del hombre aquel me causaba la profunda sensación que lo indigno produce en el alma.

¿Que era aquello? ¿Qué historia se encerraba allí cuando la paz y la quietud reinaban en lo exterior?

De repente, en el profundo silencio de aquella hora; en la muda calma de la noche oscura, se oyó, hacia afuera, el rumor de un paso fatigoso y pesado. Mi atención se dirigió al rumor. Sólo yo le oía; mi oído atento sólo alcanzaba á percibirlo. ¿Quién será el ser que atraviesa la pequeña y dormida aldea? ¿Qué errante viagero recorría la pequeña población, sumida en las profundidades del valle? ¿Sería el aventurero que busca lo desconocido? ¿Sería un viagero perdido que trata de orientarse en la comarca extraña? ¿O será el hijo pródigo que busca el hogar abandonado? Su paso se acercaba poco á poco... ya se oía su respiración cansada... ya se oía el golpe del pesado bastón junto al rumor de su tardo andar. De pronto se detuvo... Habría llegado á la puerta de la casa. Mi vista lo descubrió. Era un mancebo robusto y

alto. Se arrodilló y besó el suelo. Unas palabras le oí pronunciar con asento conmovido por la dicha:—¡Al fin, hogar amado, te contemplo! ¡Al fin me recibes, amada mia. Era el hijo pródigo que volvía; el astro errante que encontraba su órbita; el ave que tornaba á su hogar abandonado.

En ese instante un grito de angustia se oyó:—¡No, no, Dios mio! decía el grito. Y después:—Juan, Juan amado. . . . ven! . . . Era la jóven que llamaba. ¿A quién? Quizas á Dios.

El mancebo viagero se puso de pié violentamente:—¡Es ella! exclamó. . . . Sí, ella, ella, mi amada! Y golpeó furiosamente la puerta con el grueso palo que en su mano llevaba.

La joven, en tanto, se habia arrodillado y levantado sus ojos hacia su verdugo despiadado y vil. Sus labios se movían como si recitase á Dios una plegaria. El hombre rudo prestó atención.—¿Quién llamara? se preguntó en voz alta. En ese momento el acento vibrante del mancebo, que habia penetrado en la habitacion, exclamó:—¡La salvacion y la justicia! . . . El mísero retrocedió espantado y huyó.

Los jóvenes cayeron mutuamente en brazos.—Me has llamado y he venido, amada mia! murmuró el joven al oído de la niña salvada. Ésta inclinó su cabeza sobre el pecho generoso de aquel y sollozò. . . . Más tarde se besaron.

Aquello habia pasado por mi vista como pasa un sueño. Y sin embargo, era una realidad hermosa y profunda.

Al otro dia, cuando el sol besó á la tierra nuevamente; cuando despertaron las flores y los pájaros; cuando todo sonreía, cuando todo cantaba; abrieron una tumba los aldeanos. El hombre que anhelaba perder á la doncella habia muerto por la mano de la Justicia de Dios y esta

misma Justicia creó la dicha y la ventura á la doncella hermosa y al mancebo viajero de la suerte, al hijo pródigo del amor.

LUIS M. REYNA.

Almandos

Buenos Aires,—6-10-91.



Los montoneros de Güemes

CUANDO un pueblo esforzado y patriota, lleno de todas las virtudes y nobles ambiciones que son propias del amor de la patria, es vencido y conquistado por otro en alguna lucha armada, tarda mucho en someterse por completo, porque sucede con frecuencia que á la resistencia en masa siguen inmediatamente otras resistencias parciales, ó sean aquellas que se hacen solamente por grupos aislados; resistencias que son efectuadas por los que desesperan al verse vencidos y prueban un último esfuerzo, ó por los avergonzados de su derrota, ó por los que solo quieren someterse de una manera que los honre y les haga señalar mas tarde en la historia como un pueblo que supo defenderse hasta agotar todos sus recursos, hasta consumir las últimas fuerzas.

Si recorremos con la vista las pájinas de la historia veremos frecuentemente esa clase de resistencia. En la Edad Media, cuando los normandos arrebataron, despues de crueles guerras, á los sajones su país, éstos, con un poder militar mucho menor que el de sus adversarios, abandonaron sus ciudades, sus cómodas viviendas, sus bienes y todo cuanto poseian, para retirarse á las selvas y llevar allí una vida errante, nómade, con el objeto de oponer su resistencia á la autoridad de sus dominadores.

Se dictó contra aquellos valientes las mas atroces disposiciones, se cometió las mas bárbaras crueldades, se les puso fuera de la ley designándoseles con el nombre característico de *Out-laws*; pero todo fué inútil. La resistencia duró muchos años, y solo murió cuando murieron sus autores.

En España, en los comienzos de este siglo, los valientes

guerrilleros se conquistan un nombre glorioso en la historia luchando en grupos pequeños contra soldadas del ejército que habia hecho flamear victorioso sus banderas desde el Mar Báltico hasta el Mar Mediterráneo, y desde el Atlántico hasta las heladas llauras de la Rusia. Y por el mismo tiempo, en América, vemos á sus pueblos convulsionados, luchando desesperadamente por adquirir el rango de naciones libres, formando grandes ejércitos en unas partes, y siguiendo el método de los guerrilleros en otras. Aquí, mas que en ninguna otra parte, tuvieron lugar esas resistencias parciales; y son doblemente gloriosas para los llaneros que las realizaron si se considera que ellas se hacían venciendo precisamente á los vencedores de los que habían hecho rodar por el suelo, hechos trizas, todos los troncos que osaron desafiar su poder y su bravura.

En Venezuela, Paez, quizá el mas famoso de los guerrilleros americanos, dió á los habitantes de los llanos de su patria una gloria y una fama imperecederas; en Bolivia, Camargo, Padilla, y otros muchos guerreros tan audaces como estos, dieron á la causa de la libertad americana una eficaz ayuda, sin la cual ella hubiera quizás tardado mucho en realizarse; y en la República Argentina, Güemes salva á su patria de una pérdida inevitable oponiendo sus impetuosos ginetes á los altivos veteranos españoles que, despues de triunfar en la trágica jornada que tuvo por teatro los campos de Viluma, creyeron haber hechado por tierra todos los elementos de poder que la revolucion argentina poseía, y avanzaban ufanos de su victoria sobre la ciudad que había iniciado, puede decirse, el movimiento libertador del continente sudamericano.

Esa resistencia heroica bien merece ocupar un puesto entre las mas altas glorias de los pueblos del Nuevo Mundo, si se tienen en cuenta las armas y los hombres con que se hacia, la falta de recursos de todo género, y el número enorme de soldados aguerridos contra los cuales se peleaba. Refle-

xionando bien se comprenderá cuán inmensa y trascendental fué su influencia en la suerte de los pueblos de América.

El levantamiento de las provincias del Norte fué motivado por el peligro de una invasion de los ejércitos reales que, habiendo dado en tierra con el poder de la revolucion argentina, amenazaban dirigirse á Buenos Aires para destruir allí lo que aún se conservaba intacto. El ilustre patriota Don Manuel Belgrano habia alcanzado las dos espléndidas victorias de Tucuman y de Salta; pero llamado por los pueblos del Alto Perú contra los restos del ejército español que acababa de vencer, avanzó en su persecucion hasta el centro de Bolivia, muy lejos por cierto del sitio donde guardaba todos sus recursos; y, trabada la batalla en Vilcapugio, los denodados defensores de su libertad, que hasta entonces no sabían sino vencer, fueron destrozados y obligados á emprender una desastrosa retirada.

El general enemigo se lanzó detrás en su persecucion para deshacerlos por completo y despojar así de obstáculos serios el camino que habia de servirle para llegar á Buenos Aires y destruir la revolucion en su foco. Una segunda batalla librada en Ayouma fué una segunda y mas luctuosa derrota: el ejército de la patria que, numeroso y entusiasta, habia partido poco tiempo antes del sitio de sus dos brillantes victorias confiando en alcanzar otras, regresaba reducido á un número insignificante, destrozado, sin armas, sin todo lo que necesitaba para ponerse nuevamente en campaña; y para que su situacion fuese mas desesperante aún, los soldados que acababan de causarle tantos desastres, deseosos de concluir definitivamente con él, lo seguian de cerca á marchas forzadas.

El peligro era tremendo. El ejército español habia destruido ya el mas poderoso elemento de poder de la revolucion argentina: é iba derecho á acabar de destruir lo poco que aún quedaba en pié. Se necesitaba entonces un nuevo ejér-

cito, pero aunque habia hombres animosos y patriotas con qué formarlo, no habia armas, ni tampoco dinero para poder comprarlas. La revolucion argentina estaba próxima á hundirse para siempre en un cataclismo espantoso. Entonces fué que del sangriento campo de la derrota se levantó la provincia de Salta unida á la de Jujuí; entonces fué que los bravos habitantes del Norte de la República prefirieron pelear y sufrir una muerte honrosa á caer en medio de los horrores de una reconquista española y á vivir en la esclavitud vergonzosa que hasta entonces habia pesado sobre ellos. Martín Güemes, hombre prestigioso y generalmente muy estimado entre sus comprovincianos, lanzó el grito de insurreccion, que resonó acogido con entusiasmo á través de las altas montañas y vastas llanuras del Norte; y á ese llamado solemne, que era el llamado de la patria en peligro, los pueblos septentrionales se agruparon en torno del valeroso caudillo, se armaron de lanzas, de espadas, de escasas armas de fuego, porque no tenian más, ni las tuvieron hasta que no las arrebataron á sus adversarios en los campos de batalla, saltaron sobre sus corceles y, para defender su libertad y sus vidas, marcharon á la guerra.

El ejército español, que seguía avanzando, se estrelló mil veces contra ese puñado de valientes y, aunque los venció muchas veces, sufrió tambien pérdidas considerables que ellos les causaron matándoles las partidas de soldados que con cualquier objeto se separaban del grueso del ejército, y apoderándose de sus armas y municiones. Pero quien en esos combates perdía mas era el general español, porque sus soldados, y él mismo, no conocian el país por donde marchaban en tanto que los de Güemes lo conocian palmo á palmo y les era muy fácil así caerles de sorpresa en los pasos de las montañas y apoderarse de viveres, de fusiles y toda clase de armas y otros recursos. En la Edad Media Scanderberg conquistó una celebridad que durará siempre, defendiendo las montañas de la Albania, su patria, contra formidables ejércitos turcos. En vano el emperador otomano

Amurates cubrió de tropas la Albania. Scanderberg estaba en todas partes, atacando por delante, por detrás, sin tregua ni descanso, peleando siempre y siempre venciendo. A Martín Güemes bien pudiera dársele el título del Scanderberg de la República Argentina, porque la defensa que de su patria hizo fué en todo semejante á la del intrépido defensor de la Albania.

En la heroica contienda que el valeroso caudillo salteño sostuvo por espacio de largos años, si bien es verdad que no avanzó nada hácia el Norte no es menos cierto que no perdió un solo palmo de terreno. Se propuso defender su provincia para defender de ese modo toda la nación á que ella pertenecía, y consiguió ese objeto, cabiéndole hoy la gloria de haber trazado con su espada las fronteras septentrionales de su patria. ¿Por esto solo fué tan importante la obra de Güemes?—No. Lo fué porque libró á su patria de una pérdida inevitable impidiendo la entrada de los ejércitos reconquistadores al país; y lo fué también porque libró de la dominación estrangera á los pueblos de la mitad meridional del Continente Americano, dando tiempo á San Martín para que realizara su grandioso plan de libertar á la América del Sud. antes que peligros graves lo llamasen de nuevo al seno de la patria.

Antonio Frers (hijo.)

Agosto 27 de 1891.



El soldado

 ¿HABÉIS meditado detenidamente alguna vez acerca de la vida del soldado, hasta comprenderla bien y formaros en la imaginación un cuadro completo y fiel de ella con todas sus amarguras, que son numerosas, y con sus alegrías escasísimas, alegrías llenas de tristeza, porque se hallan siempre anegadas en medio de un mar de desdichas y de sinsabores?

Pues si habeis comprendido lo que es esa vida borrascosa tendreis forzosamente que convenir en que el soldado es un desgraciado que sufre con resignacion de santo su desgracia; tendréis que convenir en que su existencia es una cadena interminable de inmensos dolores, una existencia de sufrimiento y de sobresalto continuo en que la resignacion es llevada hasta su colmo, y en la cual el hombre muestra claramente todo su valor, toda su constancia y toda su fuerza de espíritu.

Con razón dijo Alfredo de Vigne que nada hay más grande que el corazón del soldado!

Estalla una guerra: todos se hallan en peligro; á la paz, que ha desaparecido, han sustituido el desorden, el alboroto que inspira el temor de un riesgo cercano; deseos de guerra por parte de unos, y pidiendo otros á Dios que el peligro desaparezca; todo es exclamaciones, todo confusión, todo conmociones profundas. El grito de la patria resuena con imperio, dominando el estrépito y haciéndose oír de todos; el grito de la patria que, amenazada por peligros graves, llama á voces á sus hijos, les recuerda sus deberes para con ella, y solicita su auxilio contra los enemigos que la atacan. Todos callan y quedan inmóviles porque ese grito llama al

peligro y quizás al sacrificio: sólo el soldado, triste por los males que para sí y para su patria presente, pero con la frente erguida de noble orgullo porque espone su vida y sus intereses por ella, surge airoso de entre la muchedumbre del pueblo, se alista en el grupo de bravos que han jurado defenderla, toma silencioso la espada que ella le tiende y entonces, privado voluntariamente de su libertad, porque desde que se constituye en defensor de su nación depende en absoluto de sus superiores, vuelve la espalda á su hogar querido y marcha con paso decidido al lugar de mas peligro. Nada de sus intereses, nada de su familia, nada de su hogar amado donde su esposa y sus queridos vástagos le dieron, al partir, la tierna despedida que quizás será eterna... No hay que acordarse de ellos. El enemigo ha golpeado con las culatas de sus fusiles en las puertas de las frontera, y la patria, en riesgo inminente de perder su integridad territorial, su honra, y aún su independencia, ha invocado el auxilio de sus hijos. Ni una protesta, ni una palabra de mala voluntad para servirla, ni un recuerdo de los intereses personales, espuestos á una pérdida probable, recuerdo que en estos casos es siempre egoísta, deben hacerse sentir; un silencio de tumba y una obediencia ciega deben seguir á esa invocación solemne, porque, como dijo, y con razón, un poeta:

Cuando el llamado de la patria suena
Hasta el lamento de la madre calla.

Parte el soldado para oponer su pecho, como una muralla, contra los avances del enemigo; en la línea de la frontera es un escudo viviente sobre el cual caen los golpes que el extranjero dirige con su espada á la patria; él los evita, si puede, frente á frente de su adversario si es bastante valiente para ello.

A veces el peligro en que se vé es demasiado grande para tener esperanza en la salvación: entonces, como siempre, pelea como mejor puede por defender á su patria en el sitio que esta le confió; pero al fin muere por cumplir un deber, ó

por obedecer á las leyes, como aquellos guerreros indomables de Leónidas que realizaron uno de los actos de valor más admirables que la historia recuerda y que aún hoy, después de haber transcurrido entre aquel notable suceso y la época presente una larga cadena de siglos, se cita como un modelo de valor y de patriotismo.

La muerte, y una muerte triste, pero honrosa, es el fin que generalmente tiene. Difícil le es hallarse en muchas batallas y quedar vivo ó ileso si se conduce en todas como valiente. Eso sólo les sucede á los privilegiados de la suerte amiga. El valor es una condición hermosísima del soldado, pero que ordinariamente cuesta muy caro, y con la cual no puede él lucirse mucho tiempo.

Cuán dolorosa ha de ser para el soldado la ausencia de su hogar bajo cuyo techo pasaba su vida tranquila, estimulado, consolado en sus contrariedades por el cariño de una esposa amante, y rodeado de sus hijos que pronunciaban su nombre con regocijo cuando él por las tardes regresaba fatigado del trabajo del día! No hay nada que hiera más profundamente el alma. Puede uno alejarse por algún tiempo de su patria y no sentirlo mucho; pero cuando se aleja en las condiciones en que lo hace el soldado, que deja su familia y todo cuanto poseía en el abandono, teniendo la conciencia de que quizás no vuelva más, entonces sí que se sufre; entonces sí que la nostalgia mata!

Se bate como león por su libertad, y mientras que hace esto es esclavo. Se halla sometido á la autoridad de sus gefes, autoridad tan fuerte y severa que en poco se distingue de la de un amo sobre su esclavo. La patria reclama esa esclavitud y por esa razón él se somete á ella. No hay cosa más odiosa para un hombre libre: él si obrara según su interés personal, rompería sin vacilar ese yugo, pero como obra en bién de los intereses de su nación, y éstos lo requieren, lo sufre con paciencia. Él es el esclavo voluntario de la patria.

Y á todos estos sacrificios los hace por voluntad propia y

sin esperar de ellos provecho alguno; sólo porque la patria necesita de ellos!

Ah!..... si nada hay tan grande como el corazón del soldado!

Alguien dirá tal vez que con ello el generoso defensor de la patria conquista para sí, junto con sus pesares y sus sacrificios, grandes honores, el respeto y la gratitud de sus conciudadanos y de sus compañeros de armas. Así debería suceder, en efecto, porque de esa manera se le daría una prueba de agradecimiento; pero lo cierto es que así no sucede, para él, al menos; verdad es que conquista glorias y honores, sí, pero aquellas son para la patria, éstos para sus gefes, y para él. . . nada, sino trabajos y amarguras. El es el instrumento de las batallas, las llaves de las victorias, el escudo del suelo natal, el que con más frecuencia muere por él, el que más sufre, el que con mayor nobleza de alma se resigna á sufrir todas las contrariedades de la suerte y de sus gefes, y, sin embargo, es el que ménos provecho moral ó material obtiene. Despues de una lucha en que él ha sido tan activo cooperador como cualquier otro, vuelve á su hogar á vivir en la oscuridad é ignorado en tanto que los de más alta gerarquía que él adquieren nombradía y prestigio, y disfrutan solos los honores del triunfo.

Algunas veces, centinela avanzado del honor y de la libertad nacionales, pierde en la pelea un miembro de su cuerpo sin el cual les es imposible, cuando vuelve al hogar, continuar trabajando en el oficio de que antes obtenía recursos bastantes con que satisfacer á las múltiples necesidades de la vida. La miseria y el hambre invaden entonces su antes tranquila y feliz morada; desgarran su alma el espectáculo de sus hijos que le piden alimento y que él, inválido, no puede darles; vislumbra, á través de las brumas del tiempo, un futuro más triste y angustioso aún; y si algún corazón generoso ó agradecido á los servicios de aquél que cayó en desgracia combatiendo contra la que amenazaba á su patria, no le dá auxilio ó elementos con que abatir su miseria despues de

haber batido el enemigo en los campos de batalla, ese abnegado defensor del suelo natal llega al último extremo de sus sufrimiento, y quizás sucumbe de resulta de ellos;

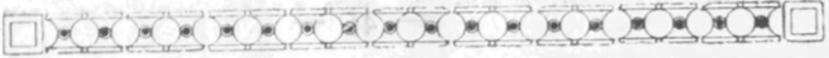
He ahí el premio que en cambio de sus grandes servicios á la patria y de sus grandes virtudes recibe el defensor de ella!

El derrama á torrentes la sangre de su venas defendiendola, y en recompensa de tan noble sacrificio recibe tan solo pesares é ingratitud en todas partes!

Sufrir horriblemente en los campos de batalla; vivir lejos de su familia querida que vive quizás de su recuerdo y orando á Dios por su vida; caer, á veces prisionero para sufrir penas y humillaciones de todo género solamente por el delito de pelear contra los enemigos del suelo en que ha nacido; ó morir esgrimiendola espada allá en la tierra es trangerera donde por él y sus connacionales solo se siente odio, y donde sus huesos insepultos, blanquearán dispersos en la superficie del suelo sin que una sola persona querida los recoja con respecto y llore la muerte de aquel á quien pertenecieron ese el destino del soldado.

Antonio Frers (hijo).

Setiembre 30 de 1891



Entrada á Dacar

VENÍAMOS en el vapor *Orenoque*, que hace la carrera de Burdeos á Buenos Aires. En un día de Diciembre, pasando la línea, por consiguiente muy caloroso, me levanté, como, de costumbre, á las seis de la mañana.

Ese día íbamos á llegar á Dacar, puerto de África, donde paran los vapores franceses, y ya apenas se distinguía una sombra en el horizonte, casi imperceptible: era la costa de Africa; íbamos acercándonos al puerto y pasamos cerca de una isla que, mejor dicho, era un montón de rocas de formas cilíndrica, cortada á pico, aislada en medio del mar, donde no podía ser habitada por ningun ser viviente, y donde no crece yerba ni arbusto alguno.

Al fin, llegamos á la entrada del puerto. Eran las doce del día y el sol pelaba. Dacar es un pequeño pueblito, que está situado en una bahía profunda que hace el mar, y muy cerrada que termina en dos cabos, coronada por dos fortalezas; echamos ancla y una multitud de lanchas de todos tamaños rodearon el buque; unas vendiendo frutas, otras monos y diversas clases de pájaros; también una gran cantidad de piraguas con cuatro ó seis negritos remeros que, completamente desnudos temblaban de frio. Estos venían con el objeto de que los pasajeros del buque les tirasen, como es costumbre, monedas de plata al mar; y ellos entonces se tiraban zambullíanse y las agarraban. Esto era una escena curiosísima, porque como había una gran cantidad de ellos, todos se tiraban á un mismo tiempo, y se armaba una tremenda pelotera abajo del agua.

Otros por medio franco ó sean diez centavos, se tiraban

desde la cubierta del buque para sacar arena de abajo del mar otros, por la misma cantidad, pasaban por abajo del agua, de un lado á otro del buque; pero lo mas divertido era cuando todos los de una piragua se arrojaban al mismo tiempo, y, cuando salían después de haber zambullido, se encontraban con la piragua dada vuelta y llena de agua, entonces les pedian á uno de sus compañeros una especie de jarras hechas de madera, y, nadando, sacaban el agua que se les había entrado. Todo el dia pasó de la misma manera y cuando cerró la noche las piraguas se alejaron.

La bóveda celeste estaba cubierta de estrellas, y los dos faros parecian dos luceros que se destacaban en el horizonte; la luna estaba en todo su esplendor, haciendo que el mar pareciese de plata y dando al océano un aspecto triste. Amaneció por fin y las piraguas volvieron á acercarse, pero el buque alzó anclas y disparó un cañonazo, como es costumbre al salir de un puerto, empezamos á andar y las piraguas nos seguían, corriendo carreras entre ellas hasta que salimos de la bahía y nos alejamos hasta que no vimos tierra durante seis dias.

E. Girondo.



Protección á la Infancia Desvalida

NOSOTROS vivimos bajo la protección de nuestros padres, en medio de todas las comodidades que la fortuna puede proporcionar, rodeados de alhagos y cariños, que encontramos al llegar á nuestra casa; de ese calor y bienestar que solo en el hogar en el seno de la familia, se halla; siendo nuestra única preocupación el estudio porque tenemos el deber de ser útiles á la sociedad.

Cuán distinta es la posición del niño abandonado de sus padres que recorre las calles sin tener á una sola persona que vele por él, que le dé los medios necesarios para la existencia, que lo aparte de la senda del vicio, que le enseñe á amar á Dios y el camino de la virtud; estando obligado á pedir limosna ó á robar muchas veces para poder vivir, que no tiene un hogar que lo recoja ni una madre que lo consuele!

Nosotros que vivimos en la abundancia no comprendemos lo que es eso, La Caridad ha fundado establecimientos donde se reciben y se educan estos niños, haciendo de ellos miembros útiles para la sociedad.

Hagamos un paseo no muy léjos de esta ciudad. Vamos á Flores, y entre quintas y potreros veremos una casa que aunque pobre en apariencia, tiene un aspecto muy simpático. Allí viven unos ochenta muchachos, huérfanos casi todos, que han sido arrandos del vicio y de la miseria por una sociedad llamada «Sociedad Protectora de Niños Desvalidos». Esta Sociedad fué fundada por unas cuantas personas que comprendieron esta máxima «Vale mas prevenir que castigar el mal» y se propusieron aplicarla luchando contra todo género de dificultades.

La caridad pública y donativos de personas generosas sostienen esta asociación tan útil á la sociedad porque convierte en hombres útiles á tantos muchachos que no servirían más que para ocupar un lugar en nuestras cárceles.

Muchos creen que con dar una limosna en la puerta hacen una gran caridad, pero es un error. Con eso no se hace más que fomentar el vicio.

La caridad para que sea útil debe ser bien entendida y debe saberse á quién se hace: y la más bella es aquella que consiste en dar al necesitado los medios de bastarse á sí mismo. Ella eleva y dignifica al que la recibe.

Pedro Lacroze.



El Cigarro



una noche destemplada de invierno. La lluvia azotaba los vidrios, y el rumor sordo y lejano de los truenos se dejaba oír á intervalos más ó menos iguales.

Con un libro en la mano me hallaba sentado al lado de la chimenea, pero la lectura no me atraía como de ordinario; y dejando el libro sobre la mesa, encendí un cigarro y me puse á meditar.

No sé cómo ni porqué, de pronto me asaltó la idea de pensar en la pasajera existencia de este poco de tabaco que tenía entre mis dedos.

Incesantemente el fuego de la punta devoraba el cigarro; cada vez lo veía disminuir más, en tanto que de mi boca se escapaban los bonitos anillos de humo.

Dentro de algunos minutos ¿qué quedaría de todo esto? Un puchito que tiraría en un rincón como inservible ya; y el fuego, después de unos débiles esfuerzos por volver á su vigor de antes se extinguiría.

¿No es esto la imagen de la vida del hombre, esta vida de la cual nos mostramos tan orgullosos, y que en comparación no tiene más duración que un cigarro?

Poco á poco, pero continuamente va acortándose el hilo de esta pobre vida.

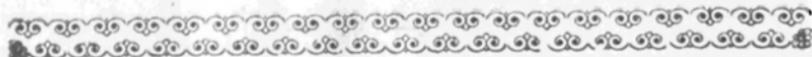
Y las ilusiones risueñas, que á cada paso nos invaden ¿dónde están? Como el humo, desaparecieron.

Al fin hemos llegado al punto donde somos un pucho inservible; un anciano débil á quién dejan á un lado hasta el momento en que el fuego se apaga, en que la vida se estingue.

¡Pobre cigarro, pobre hombre! después de algún tiempo de tu muerte ¿quién recordará tus beneficios? ¿quien pensará en tí?

Ricardo Bunge.





La primavera

TODO sonríe en la primavera. Las flores abren sus corolas para mostrarnos sus variadas formas y colores; los niños salen por las mañanas, recorriendo los verdes campos, á aprisionar los pájaros que entonan sus místicos cantos como saludando al Hacedor; las mariposas revoloteán de flor en flor, luciendo sus múltiples colores; los días son bellos y de temperatura deliciosa, la personas pasean por el campo más alegres que en otra época del año; el labrador la espera con ansia para recuperar lo perdido en el invierno anterior; en fin: la primavera es la estación de los placeres. Y más linda nos parece al salir de los rigurosos fríos del invierno, unas veces, y otras de las humedades que de ésta estación son características.

Todos gozan en la primavera, menos el estudiante que espera el día fatal en que probará su buena ó mala aplicación

Pero no hay dicha que dure mucho. Esos días espléndidos de la estación de las flores, como con justicia ha sido llamada, solo se presentan llenos de atractivos al principio de ella. Luego son mas pesados, más aburridos, más cálidos. Esa atmósfera tibia, de temperatura deliciosa que los caracteriza, se vuelve poco á poco calurosa: en seguida viene el verano la peor de las estaciones, porque nadie, excepto los peces y los anfibios, que viven en el agua, puede hallar un refugio contra los calores de esos días de fuego en que la menor brisa es como el

soplo de una hoguera. Al frío se puede escapar siempre porque contra él hay abrigos poderosos; pero al calor ¿quién escapará?

LUIS SILVEYRA (hijo.)

•

•



La habitación de un hombre de ciencia



OR los suburbios de esta «Gran Capital del Sud», como la llamó el poeta de nuestra independencia, existe, casi ignorada, una casa de lúgubre aspecto, á la cual os voy á describir.

Hallándome cierto dia, con una espansion de espíritu, poco comun en mí, y aprovechando la tarde de un magestuoso dia, de ese lapso de tiempo llamado Primavera y al que á mí, con ò sin razon, se me ocurre llamar Tiempo de las Delicias; determiné el hacer una gira por los arrabales de esta ciudad, con el objeto de conocerlos y al mismo tiempo por visitar á un amigo á quien hacía mucho no veía.

Después de haber andado de herodes á Pilatos, por entre casuchas y terrenos baldíos mas de una hora, descubrí en lontananza algo como si fuera un mira-sol, de enormes proporciones, en el momento en que este animal abre las alas para elevarse á la region donde se hallan sembradas las estrellas.

Caminé hacia la direccion en que veía dicho animal, mas; ¡cuán grande fué mi sorpresa, después de haber adelantado algunas cuadras! El objeto en el cual yo creí ver un mira-sol era una casa blanqueada, de una arquitectura antigua y en la que se encontraban mezclados los órdenes Toscano, Dórico y Corintio, predominando el primero.

Mirada por el frente aparecía con una forma semejante á la de una iglesia de tres naves, pero sin torres;

con la parte media mucho mas alta que las laterales, como sucede en las iglesias; y de esto viene el que la hubiera confundido con el animal que antes he mencionado; pues, la parte alta del edificio me habia parecido el cuello del animal y las bajas y laterales habianse reflejado en mi imaginacion, en forma de alas tendidas, prontas para llevar el cuerpo al cual están asidas á vagar por el espacio.

Llamándome la atencion la ubicacion de esta casa que, á imitacion de los castillos feudales, se hallaba alejada de la poblacion compacta de la ciudad, encaminéme hacia ella con el propósito de inquirir el nombre del ser humano que moraba en ella.

Llegué á la puerta principal del edificio y me salió al encuentro un hombre de alta talla y blanca cabellera.

Vestia pantalon á la francesa color verde con una gran franja punzó; frac de este último color con botones, cuello y bota-manga verdes, el chaleco semejante, en su forma, á los que usaba Napoleon Bonaparte y de color punzó con las trencillas de los bolsillos y orillas de él, de color verde como asi tambien los botones.

Este personaje original en su manera de vestir, era el portero; que, después de hacerme una espléndida reverencia me preguntó:

—Quién eres tú?

—Un estudiante.

—¿Con qué objeto vienes por aqui?

—Con el de conocer los suburbios de la capital, de esta mi patria.

A esta afirmacion me respondió: Quiero satisfacer tus deseos y en consecuencia os invito á entrar en ésta mansion, donde vive incógnito para los hombres y las miserias y placeres de ésta vida un émulo de Homero.

El deseo de conocer y el instinto de curiosidad hicieronme aceptar esta invitacion, aun que no sin algún temor, pues el modo de vivir de este petit Homero, conocido

á grandes rasgos por la narracion del portero, me habia impresionado sobremanera.

Yo seguia al portero, el cual se dirigió por un estenso, abovedado y oscuro claustro hasta encontrar una escalera de forma de caracol; por ésta subimos como ocho metros y nos encontramos con un patio de mosaico, en el que entraban muy pocos rayos del Dios de los Incas; en el medio de éste habia una pequeña pieza; entramos en ella y levantando una gran puerta, se aparecieron á nuestra vista dos escaleras que descendian á los patios de las partes laterales del edificio, de que he hablado antes.

Tomamos por la de la derecha y á poco estuvimos en el patio que estaba adornado por una gruta magnífica y de la que el agua se elevaba á una altura como de cinco metros, cayendo en un cristalino lago, donde se veian en revuelta confusion toda clase de pajarillos; los cuales con su variedad de colores que se reflejan en el agua, sus melodiosos cantares y unidos además con las pinturas de la gruta y los árboles que existian en redor de ella, llenos de robustez y lozanía, formaban un panorama encantador.

Salimos de este patio y, pasando una galeria, adornada con estatuas de una portentosa belleza y representando los bustos de los grandes militares del orbe, penetramos á un gran salon lujosamente decorado.

Las paredes de éste eran pintadas al óleo con guardas griegas recuadrando á éstas, y en los centros, pintados tambien al oleo, los retratos de ilustres varones como son los siguientes: Newton, Galileo, Pascal y Arquímedes en una pared lateral; en la otra Homero, Píndaro, Esquines y Horacio; en las dos restantes Cervantes, Dante, San Martín, Bolívar y Cavour.

El mueblaje se componía de dos docenas de finísimas sillas, dos sofás, tres mesas pequeñas, una biblioteca inmensa y un escritorio. Todos estilo de Luis XIV.

Las ventanas estaban cubiertas por cortinas de seda bordadas con hilo de oro,

Todo lo que allí había revelaba á la par que buen gusto artístico gran seriedad; pues, no se veía esa profusión de adornos supérfluos que se admiran en los primeros salones de la aristocracia actual.

En el fondo del salón, sentado en un taburete próximo al escritorio, con la cabeza entre ambas manos y los codos afirmados sobre el escritorio, se encontraba un anciano, al parecer, sumido en la mas profunda meditación.

Al sentirnos entrar se incorporó con la misma agilidad que lo hubiera hecho un jóven de veinte años. Al aproximarme á él, se sonrió, de un modo tal, que se me heló hasta la última gota de sangre que poseía; entonces, el portero, que comprendió lo que pasaba por mí, se apresuró á dirigir la palabra á su señor en un idioma que no pude comprender.

Todo para mí, era allí misterio.

Después de haber mediado un diálogo, que duró cinco minutos entre amo y criado, el primero clavó sus ojos sobre los míos y me hizo las mismas preguntas que me había hecho el portero al entrar en la casa.

Después de haber satisfecho á sus interrogaciones y con gran sorpresa de mi parte, me mostró uno por uno todos los libros de su biblioteca, haciéndome conocer la importancia de cada uno y su objeto.

Entre éstos pude ver obras de trascendental importancia por la gran cantidad de belleza que encierran, por su forma artística sorprendente, por lo ilustrativo y sobre todo por el objeto, con el cuál se dieron á luz.

Entre varias otras recordaré la Iliada y la Odisea, ó las dos obras más colosales que pueda imaginar el género humano y debidas al primer poeta del universo, como es Homero.

Ellas tienen por objeto el darnos á conocer el choque

de dos civilizaciones, la de los pueblos de Oriente y la de los Griegos ó del Occidente, y que tiene lugar en Troya.

El «Don Quijote» otra obra inmortal debida á Cervantes, y cuyo objeto principal es el combatir los fabulosos «Libros de Caballerias» durante la edad media.

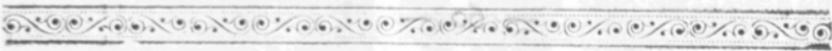
«La Divina Comedia», la gigantesca obra del Dánte, tiene el gran mérito de que su autor ha sido el primero que ha elevado la lengua italiana, ordinaria y desconocida, en su tiempo, en los campos de la literatura, educándola hasta el punto de realizar por medio de élla una obra que ha inmortalizado su nombre.

Además he visto magistrales tratados de física cosmografía, astronomía, matemáticas y de las demás ramas del saber.

El poseedor de todas éstas riquezas, es un ser dotado de vasta inteligencia, poeta y lingüista; es en conjunto un hombre de ciencia; de un carácter seco y poco afable. Es un hombre que habiendo estado en las cumbres de la gloria, admirado y respetado por todos, se ha alejado, ahora, de ésta bulliciosa y envilecida sociedad por salvarse del severo juicio de la posteridad al que están obligados los hombres de nuestra actualidad.

SILVESTRE A. DE LAMADRID

Buenos Aires, Agosto 26 de 1891.




La flor de la amistad

(A Delfín Gallo en su día)

¡Amistad, amistad! noble palabra!...
¡Amistad, amistad! bello ideal!...
Luz hermosa y celeste de las almas
Luz tranquila y bendita es la Amistad.

Flor que crece en el valle de la vida,
En florido y espléndido jardín;
Donde crecen las rosas sin espinas
Dó marchitan los bellos alelís.

Flor de nívea y purísima corola
Cuya esencia perfuma el corazón,
Que penetra en el fondo de las almas
Como un beso tranquilo del Creador.

Flor cuyo tronco al huracán resiste
Cuando guarda su cáliz la verdad,
Cuando guarda el rocío cristalino
Que la nube le entrega á su pasar.

Flor delicada que jamás marchita
Que nunca la deshoja el vendaval,
Que no muere ni cae en el invierno
Con sus nieves, sus ciervos y su mal.

Feliz aquel que guarda entre su pecho
Como santa reliquia aquella flor,
Esa flor, la ventura de las almas
El producto de un beso del Creador.

Mas: ¡qué solo se encuentra el que la arroja!
Sólo espinas y cardos hallará;
Sólo sombras y nubes tempestuosas
En su triste existencia encontrará.

¿Qué es el hombre sin Dios y sin creencia?
Es un hombre sin fé, sin corazón.
¿Qué es el hombre que arroja y que desprecia
El perfume del cáliz de esa flor?

Es un triste parásito del mundo,
Pobre junco que troncha el huracán;
Astro errante y perdido y solitario
Que en las sombras perdido vagará.

Él no tiene ni afectos ni ilusiones
Arrojó en el olvido aquella flor
Ya no siente latir los corazones
Vive solo y proscrito en la Creación

¡Bendita flor de la amistad sincera!
Tú nos creas la dicha en tu verdad
Nos indicas la senda verdadera
Dó no existen ni sombras ni orfandad.

Yo, que te guardo cual reliquia santa
En la parte mas honda de mi ser,
Soy feliz en la vida del trabajo.....
Tengo amigos y seres que querer.

¡Un amigo! feliz quien lo posee!
La más grande y hermosa realidad:
Su amistad es el vínculo más santo
Cuando existe en su alma la verdad.

Yo; qué he llorado triste y dolbrido
Sobre la tumba de un amigo fiel,
Sobre el sepulcro de aquel Juan querido
Que acariciaba un porvenir ayer;

Yo, que le amaba, como tú le amabas
Con el afecto puro de amistad,
A su muerte creíme abandonado
Como el junco que quiebra el huracán!....

Mas yo te hallé junto á su tumba un día,
Tú, llorabas su pérdida cual yo
El queria la Gloria y la alcanzaba.....
¡Nos dejaba vacío el corazón!

Desde entonces, amigo, te he mirado
Como antes miraba á nuestro Juan;
Hoy yo siento por tí dentro del alma
Lo que dice la Flor de la Amistad.

LUIS M. REINA
Almandos.

El tañido de la campana

(CAPRICHO)

I

¡Ay! Tañendo se encuentra la campana
De la aldea risueña en que nació.
¡Ay! parece que llora y que suspira,
¿Por qué gemirá así?

Sus tañidos son llanto, llanto y quejas....
¿La campana posee un corazón?
¿Vibraciones que llegan hasta el alma;
Vibraciones que llegan hasta Dios!

Cada nota, en mil ondas se propaga,
Temerosa en su pena, en su llorar,
Es que llora una pérdida querida....
Es que ha muerto la Flor de la Amistad!

Cada nota, temblando con tristeza
Me conmueve con pena el corazón,
Esta fuente fecunda de pureza
De cariño, de amor y de ilusión!...

II

Las débiles corolas
De las flores hermosas del jardín;
Las violetas, las rosas, y amapolas,
Los blancos alelís;

Al oír, el lamento, aquel sollozo,
Semejante al llorar de lo infeliz,
Inclinando su frente hacia la tierra
Comienzan á gemir.

Los pájaros alados
Que cantan en las ramas al amor,
Que vuelan en los aires elevados
Buscando la ilusión;
Cuando allí los sorprende aquel lamento,
Aquel triste quejido de dolor,
Dejan, dejan sus gozes en el viento
y lloran cual la flor.

Las hojas conmovidas
Que han sentido también aquel llorar
Cuando estaban ya casi adormecidas
Y empezando á soñar;
Dejan caer las gotas de rocío,
Cual un llanto de perlas y cristal
Porque sienten, heladas, aquel frío,
El frío del doblar.

¿Porqué este triste estado
En lo tierno que encierra la Creación,
En lo bello, lo puro y delicado,
Producto del Creador?
¿Porqué las flores y las aves lloran
Siendo sólo sonrisas de ilusión,
Siendo seres benditos que coloran
De dicha el corazón?

III

¡Ay!... si las flores no lloraran tristes;
Y si las aves no gimieran ¡Ah!

¿Qué sería del alma en sus dolores?
¡Miserable materia que se val

¡Ay!... tañe la campana
Porque la dicha con la flor se ha ido,
Porque la flor temprana
En la tumba sin luz hace café...
Ilusión son las flores
Nacer en la mañana
Y morir con el sol casi escondido!...

LUIS M. REYNA
Almandos.

·
"SOCIEDAD DE LOS DOCE"
·

